

Acción de Guerra

ENRIQUE NÚÑEZ BARBOZA

División: El Canto Fúnebre

Increíble,
cómo en ocasiones
la piedra más grande y poderosa
cede en pedazos.

Cada pequeña parte de ella,
un arma capaz de la más alta destrucción.

Polvo.

Toda ella explotando en contra de la
gravedad;
en contra de la misma fuerza que la une.

Cada pedazo de ella
separándose en el espacio,
lejos de su propósito inicial.

Extinta.
Lejos, en un rápido final.

Unión: Una Decisión

Flotando en la Nada:
sustancia tangible y absurda.
Una sola opción más.

Una salida ni aplaudida
ni tampoco resentida.

Allí en la nada,
donde algunas piezas rotas se unen
para caer,
o tal vez descender lentamente.

Así,
La Nada se torna en Todo,
y junta todos los pedazos...
los desintegra desde adentro,

se congelan mientras quedan sin aliento.

Destrucción: El Grito de la Muerte

Una pequeña brasa,
una sola chispa de ira
alimentando un odio vacío
que hacia la nada se dispara.

Un grito de guerra
ahogado en un mar de sufrimiento.

Un grito desesperado
que convierte al soldado
en desalmado carnicero.

Siempre sediento de sangre,
invadido por la muerte;
quien ya cansada de caminar
afila su voz para responder con crudeza
a un grito desarmado.

Un grito de un alma ardiendo en llamas
que en un pueblo cubierto en sangre
llora bajo la lluvia,
mientras sus ojos se cierran lentamente
en el calor de su última súplica.

Pérdida: La Epifanía

Con los ojos bien abiertos
la desolación solo parece un sueño.

Un largo y doloroso sueño.
Una pesadilla que no quiere terminar.

Con los ojos cerrados
la serenidad no parece calmar el temblor
de unas piernas asustadas,
ni el latir
de un corazón abatido...

Tampoco el musitar
de un alma herida,
que ante el fuego y los gritos
olvidó cómo cantar.

Olvidó dejar su pasado atrás.
Olvidó sentir,
mientras saliendo de su abismo,
su más oscuro abismo,
no hace más que tropezar en su culposa
[sombra.

Reconstrucción: Las Aguas del Río Lethe

Ya no miro atrás,
ni tampoco al cielo.
Ahora solo veo los pedazos en mis manos.

Mis pedazos.

En mi descanso eterno
me dirijo sin pesar
hacia las planicies del Lethe.
Un pie delante del otro,
mientras se nubla mi visión
y dejo de sentir completamente.

Muere mi cuerpo
y lentamente
muere mi alma.

Atravieso las puertas del infierno.
Sin nombre.
Sin alma.
Sin cuerpo.

Y allí bebo,
bebo incesantemente de las aguas del
[Lethe.

El desierto que era mi alma
se inunda,
se lavan las lágrimas,
y se desinfecta la herida
que los gritos desesperados marcaron
[sobre mi pecho.

Me rodean los nombres de inocentes
[lamentos
cuyos ecos se desvanecen ahora en la
[corriente.

Mientras, ésta me conduce a mí
a las blancas playas de roca,
en donde me levanto a ver los diamantes
[fulgurar pacíficamente en el mar,
indefensos,

una vez más
miro al cielo,
y disfruto el silencio.